

LA UNIDAD DE LA DERECHA

La existencia de una actitud de derechas en la política española es una realidad. Una actitud razonable, moderada, seria. Están en ella varios partidos políticos y, sobre todo, un extenso sector de ciudadanos que, en el sentido más pleno de la expresión, no han tomado partido: ni militan en organización política alguna, ni han decidido a cuál de ellas conferir su voto de manera definitiva; ni siquiera relativamente definitiva. De ahí que el próximo futuro de la derecha española se presente con incertidumbres y, en muchos casos, con desalientos. Y, sin embargo, la función que debe cumplir es inexcusable. Están en juego ideales e intereses legítimos que le corresponde promover y defender dentro de las reglas de la política moderna.

Cada sector de opinión aporta a la concurrencia cosas que, a la vez que constituyen su razón de ser, son premisas para el equilibrio de la comunidad: son, por lo menos, una compensación biológica a los factores proporcionados por fuerzas de distinto signo. Una nación vive de esta diversidad de aportaciones en la medida —y éste es otro gran problema de la vida española— que exista un consenso básico que las hace compatibles.

La derecha de España necesita de mayor unidad, de mayor actividad y de mayor presencia, sin complejos de inferioridad del que carecen, por cierto, los partidos políticos de igual signo en otras naciones. La unidad de la derecha es, entre las necesidades expuestas —incremento de su cohesión, de su actividad y de su presencia—, indudablemente la primera porque sirve de base a las otras dos. La cuestión de la unidad está presente en muchas conciencias, aunque de diverso modo. Afortunadamente, una mayoría de gentes entre las que participan de la actitud de derechas sienten aquella necesidad de manera positiva: la ven como un bien deseable, imprescindible, que aleje personalismos, divisiones y enfrentamientos. La ven con claridad absolutamente racional y cordial. Saben las ventajas que de ella se seguirían y rechazan los obstáculos que a ella se oponen. La quieren franca y abiertamente.

En otros, el deseo de unidad es un pretexto para tranquilizar su propia conciencia. El «mientras no se unan yo no participaré» no es, en tal caso, una condición previa nacida de planteamientos y zozobras razonablemente sentidas, sino una coartada personal para justificar su egoísmo y su retraimiento, para no actuar después, fase ulterior en la que inventarían otros pretextos para su pasividad. En el fondo, estas gentes desean que otros les resuelvan sus problemas, ya sean esos otros civiles o militares. Lo importante para ellos es no comprometerse ni poco ni mucho, rumiar vergonzantemente su complejo derechista y esperar, con cálculo, que el país entre

en supremas emergencias a cuya aparición puede contribuir en buena medida su inactividad o indolencia.

La palabra clave de la ciudadanía es *compromiso*. Ante todo, compromiso libre y responsable con la comunidad. Después, compromiso, según las propias convicciones, con alguno de los canales de opinión pública para participar en la defensa y promoción de aquellas convicciones asumidas personalmente.

Pero existe, repetimos, en la derecha española una conciencia general de la necesidad de unirse, basada en criterios francamente positivos.

Si el egoísmo de algunos, ya comentado, es un obstáculo para la unidad, tampoco puede pasarse por alto la alusión a otros tipos de entorpecimiento. Dos son, a nuestro entender, muy importantes: el recelo mutuo y los personalismos. Llamamos recelo mutuo a las reacciones de desconfianza y amor propio que ha engendrado la división de las derechas y se ha acrecentado desmedidamente con la lucha política. Estamos en una dinámica de división ante los ojos espantados de los que desean sinceramente la unidad. En este sentido creo que será vano todo intento de unidad basado en pretensiones de absorción de unos grupos políticos por otros; manera de hacer que, inevitablemente, evocará la idea dialéctica de vencedores y vencidos y que, a buen seguro, traerá tres consecuencias: sumar deficiencias, consolidar posiciones adquiridas y cerrar el camino a nuevas aportaciones humanas de primera fila.

A nuestro juicio el camino sólo puede consistir en la creación de una gran plataforma de derechas que, por superación, integre a las distintas fuerzas políticas de ese signo y convoque al inmenso número de los no comprometidos. Cuantos hemos participado en procesos de integración (federándonos o fundiéndonos) sabemos varias cosas: de las dificultades del empeño —desunir es mucho más fácil—, del sentido ético de tales

operaciones y del efecto multiplicador que se sigue de ellas ya que, entonces, no se suman sólo partidos, sino que se ensancha la base de incorporación.

Por eso la creación de unidades más amplias es una tarea moral y responde a un sentido permanente de la buena política de partido: *unir a los afines y dialogar con los dispares*. Consecuentemente lograr esa unidad forma parte de lo mejor de la vida política. Una plataforma para esa integración; he ahí un objetivo para el que será lícito que a la voluntad de las fuerzas políticas y de los políticos que participen de este sentimiento —que los hay— se una el reto de la derecha ciudadana no militante: retornos para la unión en formas racionales y por caminos viables. Ese sector de ciudadanía está legitimado para exigirle en nombre del sentido común y de los ideales e intereses legítimos que informan sus convicciones. Para exigirle hasta desacreditar completamente el egoísmo y el espíritu cantonalista.

Muy negativo sería que se malentendiese ese espíritu de unidad que es de suyo perfectamente compatible con la lealtad y el trabajo para el propio partido. Este ha de ser visto, entrañablemente, como un espacio ya conseguido en la búsqueda continuada de más amplios espacios. De lo contrario se convierten las cosas que son un medio en un fin. En el tema que nos ocupa equivaldría a lo peor del espíritu de partido. Desde la opción de cada uno —en este caso, y ahora, el propio partido— hay que laborar leal y perseverantemente por nuevos horizontes de integración, concebidos con generosidad y grandeza de miras.

De ahí la necesidad de comentar el otro obstáculo ya mencionado: el personalismo de cuantos, en posiciones de primera fila, no comprendan o no se avengan al propósito integrador, a la superación de las diferencias que están aniquilando a la derecha española. Para ello se precisan actitudes de renuncia personal a todo protagonismo que genere divisiones. Y, muy especialmente, debe admitirse que el liderato que la derecha española pueda necesitar quizá se oculte, hoy, en alguien poco conocido, pero potencialmente válido. No pidamos a quien pueda llevar a cabo esta misión un largo «currículum» de realizaciones y logros. Pidámosle identificación, aptitud, entrega, capacidad. Los demás, si ostentamos una posición directiva, estemos dispuestos al renunciamento, a instancias de nuestra propia conciencia, de cuantas cosas sean precisas.

La unidad de la derecha es necesaria a sus propios y legítimos fines. Para defender, sin propósitos confesionales extraños a la política, el humanismo de inspiración cristiana. Con acatamiento de las reglas del juego. Con un serio proyecto de futuro. Con esperanza.

Cruz MARTINEZ ESTERUELAS